



## ESPACIOS Y CARACTERES

### Por si las moscas

## Flavio González Mello

**I** La terquedad de la mosca no tiene parangón con la de ningún otro animal —a excepción, claro está, del humano.

**II** Como bien observó Luciano de Samóstata, bajo el rayo del sol la mosca tiene tantos matices como un pavorreal. Y —habría que agregar— también tantos ojos.

**IV** Erróneamente, las moscas han sido asociadas con el calor: basta ver con qué frecuencia se frotan las patas para saber que se mueren de frío.

**III** ¿Los innumerables ojos de la mosca también verán “moscas volantes”?

**V** La mosca todo el tiempo piensa en voz alta.

**VI** La grandeza de la mosca —como nos enseña la fábula de Monterroso— no radica en su talante, sino en sus sueños. Algunos de ellos, peligrosamente contagiosos, como los de la mosca tse-tsé.

En su pequeño cerebro siempre están gestándose enormes proyectos. Pero su vida, tan corta como su vuelo, no le alcanza para llevarlos a cabo.

¡Cuántas cosas la veríamos hacer si viviera veinte años y no veinte días!

**VIII** La mosca ha sabido sobrevivir a los arteros golpes del matamoscas, a la cruel electrocución del *insectronic* y a los demás artilugios con los que el humano se ha empeñado en exterminarla.

La saña también ha sido verbal: “la mosca en la sopa”, “estar papando moscas”, “es una moscamuerta” y demás alusiones igualmente despectivas han sido estoicamente soportadas durante siglos por este humilde díptero. Su plumaje no se mancha con esos fangos.

**IX** Las moscas son plañideras *de oficio*, a cuyo llanto todos tenemos derecho.

¿Qué es el zumbido de la mosca sino el canto fúnebre de un tartamudo? Y ellas lo seguirán entonando, incluso cuando ya no estemos aquí para escucharlo.

En el fondo, por eso las odiamos.

**VII** Profunda es la sabiduría de la mosca, que no se guía por las engañosas apariencias: para ella, un pastel y un pedazo de excremento son, en esencia, lo mismo.

Como Shakespeare y los dramaturgos isabelinos (según los ha descrito Peter Brook), la mosca siempre tiene un ojo en las estrellas y otro en el lodo. Solo ellos, solo ellas conocen el placer de hundirse en el estiércol para luego remontar el vuelo.



*Carta a la familia,*  
 óleo sobre madera,  
 45.7 x 61,  
 2011.



*Pared verde con plantas,*  
 óleo sobre tela,  
 103 x 42,  
 1989.